

—¡Qué yelmo tan curioso llevas! — exclamó alegremente —. ¿También lo has inventado tú?

El caballero, orgulloso, contempló el yelmo que pendía del arzón de la silla de su caballo.

—Sí, lo he inventado yo; pero tengo otro mucho mejor... Uno en forma de pilón de azúcar. Cuando me lo pongo, si *por casualidad* caigo del caballo, la punta siempre toca directamente en el suelo. Y aunque son pocas las probabilidades de caer, en cambio se corre el riesgo de caer *dentro*, como me ocurrió una vez, y lo peor del caso fué que antes de salir yo, llegó el caballero blanco y se lo puso creyendo que era el suyo.

El caballero dijo todo esto con tanta solemnidad que Alicia tuvo reparo en reírse.

—Lo lastimaría puesto encima de su cabeza — dijo con voz insegura.

—Lo pateé de lo lindo — repuso muy serio el caballero —, y se lo quitó volando, pero estuvo horas y horas para sacarme a mí de adentro. Estaba allí metido más justo que un santo.

—La de los santos es otra clase de justeza.

—Yo te aseguro que me encontraba allí dentro con todas las justezas habidas y por haber — dijo en tono plañidero el caballero, y movía la cabeza apesadumbrado.

Después levantó las manos con tal excitación al recordar el episodio, que antes de que se pudiera decir amén se halló metido de cabeza en una zanja que había junto al camino. Alicia, presurosa, fué en su auxilio, muy sorprendida, puesto que hacía un buen rato que iba bastante bien. Esta vez estaba segura de que se había roto algo. Sin embargo, y a pesar de que del caballero no se veía más que las suelas de los zapatos, se consoló al escuchar su voz, pausada y serena como siempre, y sin ninguna alteración.

—¡Toda clase de justezas gran descuido ponerse la cabeza adentro.

—¿Cómo puedes hablar con la cabeza abajo? — le preguntó Alicia, poniendo el pie y lo dejaba sobre un manguito.

El caballero, al parecer, se reía.

—¿Qué importa la posición? — funcionaba lo mismo. En una posición abajo me encuentro, mejor que en una posición arriba. Ahora — prosiguió — este momento, se me ha ocurrido algunas ingeniosas de cuantas he ideado durante la comida.

—Y cocerlo para la comida es un trabajo muy rápido.

—Sí, muy rápido, pero no te... — repuso el caballero — era para la comida siguiendo.

—Para el otro día entonces comerte dos postres en una vez.

—No, tampoco para el momento pensativo el caballero —. No te... — prosiguió dejando caer la cabeza vez más apagada —. Te soy muy fiel la imaginación que el tal caballero, embargo, ¡era un budín tan útil!

—¿Y con qué habías pensado Alicia con la esperanza de que el caballero mostrábase completamente.

—Primero con papel se... siempre con tono quejoso.